

Artículos	Página
¿Cuál es Su Nombre? Jehová-sama	1
Sucedió en Betania, 4ª parte	3
Jonás, 5ª parte	6
Epafras	9
Ejercicio del Don Espiritual	10

¿Cuál es Su Nombre? Jehová-sama

Joel Portman

“En derredor tendrá dieciocho mil cañas. Y el nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-sama” (Ezequiel 48:35)

Al igual que algunos de los nombres compuestos de Jehová que están asociados con ciertos lugares (Jehová-jireh, Jehová-nissi, Jehová-salom, etc.), este último título de Jehová que encontramos en el Antiguo Testamento es uno que está relacionado con la ciudad que Ezequiel profetizó. Éstos son lugares que están asociados con una revelación particular a Su pueblo de algún aspecto de Dios. “Por Sus diversos nombres, Jehová se ha revelado a Sí mismo a Su Pueblo en Su maravilloso poder, protección y provisión. Y ahora a través del nombre de Jehová-sama Dios promete Su presencia”, (L. Strauss, “La Divinidad”). En este caso, mientras los escritores difieren en sus interpretaciones del templo y la ciudad, parece que lo más probable es que esto sea literalmente una ciudad y templo que serán construidos en el reinado de mil años de Cristo en la tierra, o el milenio. “Algunos maestros han intentado explicar este versículo como perteneciente a la historia pasada de Israel, mientras que otros han tratado de encajarlo en los días que vivimos, pero nosotros creemos que es una profecía que apunta sin duda hacia el futuro”, (L. Strauss, “La Divinidad”).

Este nombre significa “Jehová está allí”. Sin duda es una declaración sencilla, pero llena de un profundo significado. Leemos con respecto a este templo milenar que Dios dice en Eze. 43:7, después del glorioso regreso del Señor en la casa, “Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre; y nunca más profanará la casa de Israel mi santo nombre...”, y

“Habitaré en medio de ellos para siempre” (43:9). Verdaderamente es un hecho sorprendente que el Señor todavía deseé cumplir con ese gran propósito eterno de habitar en medio de ellos, después de las repetidas fallas y fracasos que han marcado su historia. Sin embargo, Su propósito no depende de la capacidad del hombre, sino más bien de Su poder para cumplir todo lo que Él desea para Su gloria.

Esta descripción culminante de Dios habitando en medio de Su pueblo durante ese período es más notable en vista de la profecía anterior de Ezequiel, cuando habla de la salida de la gloria de Dios del templo en Ezequiel 8-11. La nación había declinado gravemente de su gloria anterior, así que la profecía de Ezequiel se está entregando desde su cautiverio en Babilonia. Ahora la gloria de la presencia de Dios que habían experimentado a pesar de sus constantes fallas durante siglos, finalmente dejó el lugar de Su morada en medio de ellos. Esta partida se debió a su pecaminosidad individual y nacional, tipificada por su flagrante desprecio a la santidad de Su casa y la santidad de Su persona (ch. 8). Ellos se habían apartado del verdadero Dios y estaban adorando secretamente y abiertamente a los dioses de las naciones vecinas. Esto, por desgracia, había sido su práctica constante en la historia de la nación, pero había llegado a su punto máximo, así que el Señor no podía tolerarlo más. Su gloria se apartó poco a poco de en medio de ellos, y fueron sacados de la tierra en cautiverio al origen y centro de idolatría, Babilonia. El templo glorioso de Salomón había sido destruido y el muro de la ciudad fue derribado. Posiblemente, debido a su quebrantamiento de

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de “Verdades para Nuestros Días”, ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de “Verdades para nuestros Días”, y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

espíritu y tristeza de corazón, habían perdido de vista la posibilidad de restauración o recuperación. Su entusiasmo y deseo por ese lugar había decaído severamente. Sin embargo, como usualmente era el caso, vemos que el Señor no los deja ahí sin la perspectiva de la restauración completa a un estado muy superior al que ocupaban antes. Tales son los caminos de gracia de Dios con Su pueblo entonces y con nosotros.

La Morada Anterior de Dios

Claramente vemos que la intención de Dios desde el principio era morar en estrecha relación con los hombres. Su obra de creación trajo a la existencia a un hombre que tenía la capacidad de conocer y experimentar la comunión con Dios, siendo hecho a “imagen de Dios” (Gen. 1:27), y que recibió la vida por un aliento personal de Dios (2:7). Dios descendía a pasear en el huerto al aire del día (Gen. 3:8), y su llamado a Adán sugiere que ésta había sido Su práctica y placer antes de que el pecado entrara para destruir esa comunión. Sin embargo, el pecado entró a través de la desobediencia de uno, resultando en que esa relación se rompió.

Sin embargo, leemos de aquellos que caminaron con Dios, como Enoc (Gen. 5:21), y Noé (6:9), a pesar de la existencia del mal en el mundo, así como de Jehová llegando a la tienda de Abraham en Gen. 18:1, lo que demuestra que todavía era posible tal relación con un Dios misericordioso para los que lo buscaron diligentemente (Heb. 11:6). Lo que fue cierto entonces es todavía cierto hoy, y ese privilegio de experimentar la realidad de la presencia de Dios con un creyente en la vida diaria es posible todavía, pero las condiciones también son las mismas, ya que, “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amos 3:3). La conformidad con Su santa Persona y el ejercicio espiritual de buscarlo siempre es una característica esencial de esta comunión.

En toda época o lugar, las personas que responden a Dios y obedecen a Su Palabra pueden disfrutar la bendita realidad de caminar con Dios; siempre es Su deseo hacerlo así. La realidad de Dios morando en medio de Su pueblo fue uno de los principales propósitos del tabernáculo en el desierto y del templo que Salomón construyó. Las palabras de la oración de Salomón en la dedicación del templo fueron, “Entonces dijo Salomón: Jehová ha dicho que él habitaría en la oscuridad. Yo he edificado casa por morada para ti, sitio en que tú habites para siempre” (1 Reyes 8:12-13). Otra vez dijo, “Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que

yo he edificado?” (8:27). Leemos en Isa. 66:1, “Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?” Otra vez en Hechos 17:24, Pablo dice, “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas”. Su infinita presencia llena los cielos y la tierra. Sin embargo, la verdad es que Su deseo es morar entre los hombres, y que su presencia puede ser conocida por los santos fieles. Él hizo conocida Su presencia a través de las condiciones que demandó en estos centros y en el ejercicio receptivo de la gente que estaba así asociada con estos lugares. La columna de nube de la gloria de Su presencia, Shekhiná, se elevaba sobre el lugar Santísimo en medio de ellos, un recordatorio constante de la grandeza y gloria de Aquél que estaba presente entre ellos. Esa presencia los separaba de los demás pueblos, porque incluso Balaam tuvo que exclamar, “Jehová su Dios está con él, y júbilo de rey en él” (Num. 23:21). La consideración de la maravillosa realidad de esa presencia hace que uno se pregunte cómo pudieron actuar tan contrario a Su Persona y apartarse a la adoración y las prácticas de los falsos dioses que no tienen ningún poder o gloria. Sin embargo, no vamos a criticarlos severamente, ya que reconocemos las mismas tendencias en nosotros mismos, y hacemos el mismo tipo de omisión del debido honor a Su Nombre.

La Morada Actual de Dios

Una expresión de ese propósito divino se vio cuando nuestro bendito Señor entró a la humanidad por medio de la encarnación. “Aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14). Él era “Emmanuel... Dios con nosotros” (Mat. 1:23). Era la misma presencia real de Dios en la tierra durante esos años de ministerio fragante y fructífero de nuestro Señor. Él vino a revelar al Padre (Juan 14:9), y aquellos que lo conocieron bien, reconocieron en Él una “gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1:14).

Como en el pasado, los creyentes de hoy pueden experimentar la presencia del Señor con ellos. Tenemos Su promesa de que Él nunca nos desamparará ni nos dejará (Heb. 13:5). Pablo conocía Su presencia con él en la prisión y en su juicio (2 Tim. 4:17). Los discípulos se asustaron y después se consolaron por Su presencia cuando Él llegó caminando sobre el agua y luego fue recibido en su barco (Mat. 14:25, Jn. 6:19). Él viene a los Suyos en tiempos de angustia, camina con ellos en la prueba, los sostiene en su vida diaria. Su deseo es morar con ellos (Jn 14:18, 21). Los

creyentes pueden disfrutar de una relación estrecha con Él, siendo descritos individualmente como “templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros” (1 Cor. 6:19), y esta verdad está destinada a guardar nuestras vidas de la impureza y de toda forma de mal. De nuevo en 2 Cor. 6:16, leemos que los creyentes son “templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”. Siendo así el caso, se requiere que cada uno viva una vida santa, consistente con Su carácter y expresando la realidad de Su presencia.

En conjunto, la asamblea local puede conocer la presencia del Señor morando en medio de ellos. Una asamblea que se ha congregado a Él por el Espíritu Santo es “casa de Dios” en carácter, o mejor todavía, es un “hogar” de Dios. Se trata de un grupo de creyentes que conocen una relación genuina con Él y reconocen Su presencia corporativamente. A menudo pensamos de su promesa en Mat. 18:20, que en una congregación así establecida de creyentes en una localidad, Él está en medio. Esto es más que una reunión ocasional de cristianos; es una congregación establecida de santos que han salido de otras asociaciones que son contrarias a Su Nombre y Persona, y se identifican con Su Nombre y se someten a Su Señorío. Ellos están llevando a cabo la voluntad de Dios en el cielo en la tierra (18:18) y manifestando que éste es el deseo de sus corazones en acción. Tal promesa de Su presencia no debe asumirse en forma descuidada, porque leemos acerca de la asamblea en Éfeso que el Señor quitaría su candelero si no se arrepentían (Ap. 2:5). Su fría ortodoxia y su doctrina correcta no eran suficientes para preservarlos de la pérdida de ese aspecto esencial del testimonio. El Señor en medio de los candeleros (Ap. 1:12-13) estaba ahí para examinar y corregir sus fallas, para que pudieran ser restaurados y mantenidos en un testimonio. Es una preciosa verdad para un hijo de Dios ejercitado en conocer la verdadera realidad del Señor personalmente en su vida, lo mismo cuando los creyentes se congregan y componen una asamblea de santos.

La Morada Futura de Dios

La cuidadosa descripción del templo mostrado a Ezequiel indica el cuidado que Dios tiene de que Su morada entre Israel en esta tierra en ese período sea exactamente de acuerdo con Su propósito. De la misma manera que Él dio instrucciones precisas para la construcción del tabernáculo y el templo, encontramos detalles para este gran templo, lo que nos muestra que para que Dios more en la tierra, las condiciones deben ser aptas para Su presencia. Él condesciende en habitar entre los hombres, pero sólo bajo

Sus propios términos. El Único que podía construir tal templo es el Señor mismo, por lo que leemos en Zac. 6:12-15 que es el Hombre cuyo nombre es el Renuevo, el Mesías, el que “edificará el templo de Jehová” y Él llevará la gloria mientras se sienta y gobierna sobre Su trono.

Sin embargo, parece que la ciudad carece de una descripción detallada. El señor Fred Cundick (“El Libro de Ezequiel”), dice, “El nombre de la ciudad es ‘Jehová-sama’, que significa ‘El Señor está allí’, declarando que el propósito divino de amor está siendo logrado. El profeta no se detiene en el propósito de la ciudad, sus actividades y administración. Todo lo que le importa es la presencia de Dios; esto trasciende todo. La vida ordenada en la presencia de Dios es el camino a la unidad. Quizá uno de los grandes defectos de las actuales asambleas locales es que no están suficientemente selladas con la comprensión de que ‘El Señor está ahí’”.

Pero si eso es cierto en el escenario del Milenio, ¿qué será en el día eterno? Leemos en Ap. 21:3, que mientras Juan ve la ciudad santa, la nueva Jerusalén descendiendo del cielo, escucha una voz que dice, “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”. Leemos con respecto a la ciudad que tiene “la gloria de Dios” (v.11), y más adelante que el “Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (v. 23). En ese nuevo cielo y tierra nueva, la justicia reinará, y todos los vestigios del pecado serán eliminados por completo, por lo que no habrá nada incompatible con el carácter de Dios y el gran deseo de Su corazón será cumplido, “El Señor está allí”.

¡Que conozcamos algo de esa bendita realidad en nuestras vidas y en las asambleas locales en nuestros días, la presencia de Dios estando ahí, en medio de nosotros! §

Sucedió en Betania, 4ª parte

Gilson Villegas, Venezuela

(de “La Sana Doctrina”, No. 312, Marzo-Abril 2011)

De inmediato se nos menciona la cualidad de aquella dádiva al decir que aquel perfume era de mucho precio. Realmente, era de mucho precio aun si nos atenemos al avalúo hecho por Judas “...más de trescientos denarios” (Mr. 14:5), pues pensamos que aquí el “mucho precio” corresponde a la apreciación de Dios. En términos humanos, el valor de lo que María está ofreciendo se corresponde al salario de un trabajador ordinario por concepto de todo un año de labores. Sin duda, ya esto es muchísimo decir, si

tenemos en cuenta que María no era una mujer adinerada, lo cual se deduce del hecho de tener que hacer los oficios cotidianos, pues no había muchacha de servicio en la casa en Betania. Recuérdese a Marta afanada con los muchos quehaceres y la petición de ésta al Señor para que María ayudase.

Fue, pues, un gran sacrificio de aquella mujer devota; sacrificio, decimos, que solo la eternidad podrá declararnos su valor, pero que el Señor si sabe valorar en toda su justeza. Pero, también, podemos señalar la utilidad pública o colectiva de aquella ofrenda, pues “la casa se lleno del olor del perfume”, para indicarnos con esto hasta dónde puede llegar la onda expansiva del aprecio profundo de un corazón devoto hacia su Señor. Si “un pecador destruye mucho bien” (Ec. 9:18), un adorador esparce mucho bien. Cuando reviso el tema de casas llenas en las Sagradas Escrituras, me sorprende altísimamente el caso que aquí tenemos, pues en Ex. 40:34 la gloria de Jehová llena la casa terrenal (el tabernáculo) como respuesta a la obediencia de su siervo Moisés, quien “hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó” (Ex. 40:16). En Isaías 6 “la casa se llenó de humo” (v. 4) como respuesta a la gloria reconocida del Señor exaltado, “sentado sobre un trono alto y sublime” (v. 1). También, en un futuro (tal como vemos en Ezequiel 43), la gloria de Jehová llena la casa (Ez. 43:5) como respuesta a la limpieza del pueblo que otrora profanó su santo nombre con sus fornicaciones e idolatrías. De la misma manera, en Lucas 14 tenemos el caso del “hombre” que hace una gran cena y su gran anhelo es, dice él: “que se llene mi casa”, lo cual se verá cumplido, en un sentido, cuando “haya entrado la plenitud de los gentiles” (Rom. 11:25). En este caso, la casa será llena como respuesta al anhelo del Dios del cielo y a su trabajo por medio de sus siervos.

Pero, al llegar a la cena en Betania, la casa se llena de perfume como respuesta a la devoción de una sencilla creyente. Esto debería llenar de alegría y de propósito a cada una de nuestras queridas hermanas. Sí, de cuántas Marías más espera el Señor la fragancia de una devoción tal, y cuánta falta hace tal perfume llenando cada asamblea. La integridad es otra característica mostrada en el acto de María, pues Marcos 14:3 expresa que María derramó el perfume sobre la cabeza del Señor, pero en Juan notamos que ese perfume ha descendido hasta los pies, donde María se prostra para enjugarlos con sus cabellos, lo cual indica que íntegramente aquel perfume, desde la coronilla hasta los pies, convirtió el cuerpo del Señor en una sola pieza fragante. Así hace la muchacha del Cantar respecto de su Amado (Cnt. 5), a quien, ella recorre destacando sus gracias

desde la CABEZA (v.11) hasta llegar a sus piernas (v.15). Tocante a esto, hay tantas glorias en Él y tantos aspectos de su gloriosa persona que, muchas veces, durante la celebración de la Cena del Señor, los santos nos quedamos anclados en un solo aspecto de su obra y persona, haciendo de aquel culto tan especial algo repetitivo. Con tristeza lo decimos, pero conocemos hermanos que casi nunca van más allá de las heridas de las manos y pies del Señor.

Dejando este aspecto, seguimos para señalar la totalidad de la ofrenda. Otra vez, apelando al relato de Marcos 14:3, notamos que aquella piadosa creyente no se guardó para sí el vaso de alabastro, continente del perfume, sino que lo quebró, ofreciendo totalmente lo que traía para su Señor. Al respecto, tantas veces somos como Ananías y Safira, pues, presumimos de magnánimos con el Señor y prometemos tanto a Él pero, a la hora de la verdad, solo damos mezquinamente una ínfima porción, robándole a Él. Sinceramente, hermanos, tiemblo al pensar que, en el Tribunal de Cristo, saldrá a la luz no sólo lo que dimos para el Señor y su causa, sino todo aquello que con mezquindad nos reservamos para nosotros. También, leyendo en Marcos 14:8, donde el mismo Señor dice: “Esta (María)... se ha anticipado a unguir mi cuerpo para la sepultura”, nos damos cuenta de la oportunidad de esta ofrenda, pues, al parecer, María entendió, muy por encima de todos los demás discípulos, que el cuerpo del Señor no se iba a corromper y que, por tanto, sería inútil guardar aquello para la tumba. Contrariamente, otras mujeres piadosas fueron con sus especias aromáticas el primer día de la semana para unguir el cuerpo en el sepulcro (pensando que estaba muerto), pero ya habían perdido la oportunidad para siempre. Al considerar las lecciones de este punto, tengo en mente a tanta juventud cristiana, quienes piensan “algún día” dedicarse y servir al Señor, no entendiendo que la oportunidad es hoy, y que la posibilidad de una consagración y un servicio remoto es un triste paralelo con la actitud de los inconversos que posponen vez tras vez su salvación. Si les decimos a ellos que ahora es el tiempo aceptable, necesitamos convencernos que para nosotros los salvados, en cuanto a consagración y servicio, el día aceptable también es hoy. Recordemos que es mientras el día dura que hay que trabajar, pues “la noche viene, cuando nadie puede trabajar” (Jn. 9:4). El tiempo de servicio habrá pasado y la oportunidad se habrá perdido para siempre.

Otro detalle, frecuentemente olvidado, es el de la reciprocidad de lo que María ofreció. Ella no estaba buscando ventajas personales cuando decidió unguir a su Señor. Pero es imposible amarle y servirle sin que ello

implique maravillosos beneficios espirituales. Por eso, cuando ella ungió y enjugó con sus cabellos los pies del Señor, estoy convencido, no había en Betania, por algunos días, cabellera más fragante que la de María. Al respecto, hay una expresión (“Dios no es deudor de nadie”) que por usada nunca se desgasta en el tiempo, y aquí tenemos ilustrada esta verdad en la historia de María y su ofrenda. Al igual que en la historia de la reina de Sabá y Salomón, donde ella trajo al rey grandes riquezas: “y dio ella al rey ciento veinte talentos de oro, y mucha especiería, y piedras preciosas ; nunca vino tan gran cantidad de especias, como la reina de Sabá dio al rey Salomón” (1 R. 10:10), pero en el relato paralelo del segundo libro de Crónicas leemos: “Y el rey Salomón dio a la reina de Sabá todo lo que ella quiso y le pidió, más de lo que ella había traído al rey” (2 Cr. 9:12). Nuestro Salomón celestial tiene un corazón más agradecido que el terrenal y la magnanimidad de su mano no se puede comparar a la de ningún mortal.

Pero, por muy extraño que parezca, es necesario hablar de la impopularidad de aquella ofrenda, pues al comparar el relato de los tres evangelistas, notamos que lo que comenzó en el corazón y en la boca de Judas (considerar como “desperdicio” la ofrenda de María) se convirtió en una queja colectiva, evidenciando que los demás discípulos se habían contaminado con aquella terrible raíz que en medio de ellos estaba produciendo “hiel y ajenjo”, según leemos en Dt. 29:18. Sin duda, en muchos círculos llamados cristianos la santidad y devoción en la vida de los creyentes no goza de mucha popularidad. Lo popular es una vida libertina y relajada y, lamentablemente, ante la mirada complaciente de los “líderes” de las congregaciones. Es frecuente oír criticar amargamente a aquellas queridas hermanas que, por convicción y devoción a su Señor, mantienen su cabello no cortado, su vestir honesto y su cuerpo libre de la joyería de la vanidad de este mundo. Decimos a las tales que el galardón y la aprobación de Dios es más firme cuando sus santos le son fieles, pese al ambiente de adversidad que les rodea. La santidad y devoción de los fieles no está pidiendo el aplauso de esos círculos “cristianos” ni, mucho menos, la aprobación de este mundo impío. Aspira al más grande galardón divino, al “Bien, buen siervo y fiel...” (Mat. 25: 21,23).

Así, al seguir nuestra meditación, no dejaremos de mencionar la perennidad de la ofrenda de María, pues las mismas palabras del Señor dicen que la fragancia de lo que María hizo remontaría los siglos y trascendería los lugares: “De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella” (Mateo 26:13). Ella no

estaba pensando que su acción devota hacia el Cristo entraría en el “Guinness” de Dios y que esa marca permanecería imbatible durante todo este período de gracia, pero ¡así aprecia Dios el amor de los suyos! Finalmente, el Señor dice una expresión que nos hace pensar en la proporcionalidad de la ofrenda: “Esta ha hecho lo que podía” (Marcos 14:8). En labios del Cristo esta expresión tiene un sentido radicalmente distinto al que tiene en boca de cualquiera de nosotros, pues, cuando queremos excusar nuestro fracaso o pobre desempeño ante alguna empresa, sencillamente decimos: “Bueno, yo hice lo que podía”. Pero el “Esta ha hecho lo que podía” significa que María puso toda su voluntad y su fuerza en aquella unción. El Señor reconoce que, de haber podido más, María hubiera hecho más. La ofrenda fue proporcional a los recursos que la muchacha tenía. ¡Bendito Señor, que no demanda más allá de nuestras fuerzas, pero que alaba cuando ellas han sido usadas sin reservas para su gloria! Por eso él dice: “Buena obra ME HA hecho” (Marcos 14:6).

Ahora, cuando uno llega al último capítulo de Lucas, nos encontramos que sucedió en Betania un evento que desafía cualquier calificativo. Nos referimos al momento de la ascensión, cuando el Señor sacó a sus discípulos “hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo” (Lucas 24:50) Este evento cierra, cronológicamente hablando, las actividades del Señor en ese querido lugar, quedando así, Betania, en el recuerdo de los suyos como el lugar donde por última vez recibieron la bendición de su Señor y Salvador.

También, ellos le vieron marcharse, pero no hay una nota triste en aquella separación, pues aun cuando “se separó de ellos” los discípulos sabían que el Señor estaba siendo “llevado arriba al cielo” (v. 51). Los versos siguientes dicen que ellos “después de haberle adorado” regresaron a Jerusalén con un gozo incontenible, alabando y bendiciendo a Dios en el templo. En todo esto podemos ver un cuadro de la interacción de los creyentes y el Amado Salvador. También nosotros hemos sido sacados fuera, y hemos sido traídos a un lugar donde podemos apreciar las glorias de Aquel que fue “recibido arriba en gloria”, y recibir la bendición de sus manos extendidas. (Las mismas manos de la creación -Sal. 19:1, de la redención -Juan 20:20, de la protección -Juan 10: 28, ahora son las manos de la divina bendición). Podemos postrarnos ante Él en un cuadro de profunda adoración, y hacer nuestro camino aquí manifestando el verdadero gozo que el Salvador y la salvación producen. Y esto ante un mundo que debe ser invitado a recibir lo que somos y tenemos en Él. §

(Concluye)

La principal excelencia de la Fe es que nos lleva a la comunión con Dios. Abel – el primero del que se habla en Hebreos 11- es elogiado, no por alguna gran obra por cuenta del hombre, sino porque adoró a Dios en forma aceptable. Sin embargo, si confiamos en Dios, no hay límite para el poder de la fe, sea cual sea lo que haya que hacer.

RC Chapman

Jonás, 5ª parte

Steve Walvatne

Los marineros

“Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno clamaba a su dios; y echaron al mar los enseres que había en la nave, para descargarla de ellos...” (v. 5).

Una expresión muy común habla de “poner” o “frotar” sal en una herida, intensificando así su dolor. En un sentido, esa expresión toca muy de cerca lo que encontramos aquí. La palabra hebrea “marinero” se deriva de una palabra que significa “sal”, refiriéndose a las aguas saladas en las que navegaban estos hombres. De aquí, el nombre “sales” o “marineros”. Jonás pensó en aliviar su consciencia herida uniéndose a estos hombres en su barco, pero sucedió lo contrario. A causa de la tormenta, estos marineros afligieron la consciencia de Jonás más que nunca, lo que le obligó, finalmente, a admitir el error de su camino.

Leemos más de estos marineros que de los ninivitas, lo que sugiere la importancia de la recuperación espiritual de Jonás. De naturaleza diversa, todos se aferraron fuertemente a sus supersticiones paganas, y se consideraban “los más duros de todas las personas... una especie profana de gente... considerados el Nazaret del mundo, del cual no sale nada bueno” (Thomas Fuller: “Un Comentario sobre Rut y notas sobre Jonás”). Sin embargo, el registro de ellos de Jonás es digno de alabanza, especialmente con respecto en su trato hacia él. Sus sentimientos y reacciones posteriores, sin embargo, varían en toda la página como las olas que los rodeaban. En este caso, el PÁNICO llevó a la ORACIÓN, PÉRDIDA de ENSERES, PETICIONES de INTERVENCIÓN, y ENTREGA al SACRIFICIO. Aquí los examinaremos brevemente, mirando a los marineros bajo ocho títulos, observando su:

1. Consternación
2. Invocación
3. Eliminación
4. Investigación
5. Interrogatorio
6. Determinación
7. Resignación
8. Veneración

Consternación

“Y los marineros tuvieron miedo... temieron sobremanera... temieron aquellos hombres a Jehová con gran temor...” (v. 5, 10, 16). Pablo exclamó en Rom. 11:33 “¡Cuán insondables son sus juicios [decretos], e inescrutables sus caminos!” “La sabiduría [de Dios]”, dijo Fred Stallan, “le lleva a elegir qué fines son los mejores y cuáles son los medios más apropiados para lograr el fin que Él determina” (“La Biblia Enseña,” “Romanos”). Trazamos esto en varias ocasiones en la Escritura y lo vemos aquí. Para recuperar a Jonás, Jehová agitó el mar y luego a los marineros. Él pudo haber afligido a Jonás personalmente, pero en vez de esto, eligió alterar las condiciones a su alrededor, revelando así la rebelión del profeta y aguijoneando el arrepentimiento. Así, Él bendijo a otros, mientras sanó también a Jonás.

El hecho de que marineros experimentados tuvieran “miedo”, enfatiza la naturaleza peculiar de esta tormenta. Nunca habían encontrado algo tan magnífico y misterioso. Como las cosas empeoraron, temblaron más; no sólo a la tormenta, sino a la Persona detrás de ella. Fueron sacudidos a la creencia en la existencia de Jehová y adquirieron un profundo respeto por Su autoridad y poder. Dice Proverbios 1:7, “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová...” Un temor saludable de Dios es encomiable en santos y pecadores. La actitud actual de “haz-lo-que-quieras” que impregna la sociedad y afecta a los cristianos, señala la repugnante decadencia moral e ignorancia espiritual. “Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia” (Heb. 12:28).

Invocación

“Y los marineros... cada uno clamaba a su dios...” (v. 5). La oración, sin duda, era poco común entre estos marineros, sin embargo ahora ellos están convocando a una reunión de oración en un lugar muy inusual. “Cada uno clamaba”, o literalmente, “clamaba, cada uno” (Biblia NET), mostrando que todos participaron. Si bien sus súplicas fueron mal dirigidas, su intención era digna. De hecho, la oración fue

su primera respuesta después de que el temor se apoderó de ellos. Creemos que inmerso en la constitución de cada individuo está el sentido innato de un Ser Supremo. El pecado, sin embargo, ha empañado el pensamiento del hombre, llevándolo a una gran cantidad de nociones falsas acerca de la Deidad. Por lo tanto, en particular, cuando los hombres están en problemas, ellos claman como estos marineros – cada uno a “su propio dios”. Pero como declara Calvino, “No hay necesidad de ninguna ley, no hay necesidad de ninguna Escritura; en resumen, no hay necesidad de ninguna enseñanza, para que los hombres sepan que esta vida está en las manos de Dios...” (Comentarios de Calvino, vol. 14). “Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Rom. 1:20). Esta “consciencia de Dios”, como vemos en nuestro pasaje, puede humillar a los corazones más duros, culminando en un conocimiento más profundo de Dios y Sus caminos. Sólo un necio se atrevería a decir, “No hay Dios” (Sal. 14:1).

Eliminación

“Y los marineros... echaron al mar los enseres que había en la nave...” (v. 5). Circunstancias extremas demandan medidas extremas. Cuando la vida se ve amenazada, las “cosas” pierden valor. Los marineros arrojaron todo el exceso de carga, aunque costosa, por la borda. No fue una tarea fácil. Como escribe Douglas Stuart, “Presumiblemente había un montón de carga a bordo que retirar de la bodega”, y él cita Ezequiel 27:25 como ejemplo, representándolo, “...buques de alta mar... llenos de carga pesada” (“Comentario Bíblico de la Palabra”, “Jonás”). Los pecadores que perecen se sienten igual que estos marineros cuando se dan cuenta de su precaria situación ante Dios. Cualquiera que sea el costo, o por grande que sea la dificultad, su único pensamiento es, “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30).

El apóstol Pablo también fue testigo de los marineros eliminando bienes durante su viaje a Roma. “Pero siendo combatidos por una furiosa tempestad, al siguiente día empezaron a alijar [echar la carga por la borda]” (Hech. 27:18). Toda esa escena era una ilustración de la vida de Pablo como cristiano. A su alrededor diariamente había agitación constante. Cuando entró a Macedonia, por ejemplo, dijo, “Ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores” (2 Cor. 7:5; ver también, 2 Cor. 6:4-10, 11:23-28). Él sostenía las “cosas” con una

mano ligera. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Fil. 3:7). En un tiempo cuando las “cosas” son tan prevalentes, sería sabio “aligerar nuestro barco”, de volver a los fundamentos del testimonio cristiano. En Jonás, sin embargo, necesitó eliminarse algo más y eso precipitó una investigación.

Investigación

“...Venid y echemos suertes, para que sepamos por causa de quién nos ha venido este mal...” (v. 7). Los marineros ahora buscaron hacia el interior, entre ellos, para encontrar la causa de la tormenta. Desesperados, se apresuraron a utilizar un viejo método de descubrimiento – echar la suerte. “Ellos pudieron haber utilizado palos de longitudes diferentes, piedras planas como monedas, o algún tipo de dados; pero su naturaleza exacta es desconocida” (Herbert Lockyer: “Diccionario Ilustrado de la Biblia”). Dicho esto, Jehová “condescendió a señalar al verdadero autor de sus sufrimientos, porque ‘la suerte cayó sobre Jonás’” (George Young: “Sermones en el Libro de Jonás”). “¡Jonás!” El nombre debe haberse pegado a la lengua de cada marinero: “¡Jonás – Tú eres el hombre!” El profeta nunca podría haber imaginado esto, porque todo parecía estar oculto en forma segura, hasta ahora.

Podemos ahora titular el momento con letras negritas – “y sabed que vuestro pecado os alcanzará” (Num. 32:23). El ojo del Omnipotente lo ve todo, y ningún tipo de argucia puede cubrir por mucho tiempo al pecado sin juzgar. Pronto, como en este caso, se descubre la farsa: “La suerte cayó sobre Jonás”. Una vez, un criminal que escapó pensó en eludir a la autoridad corriendo cuesta abajo en una colina boscosa. Justo cuando la libertad parecía cierta, se detuvo y se rindió antes de que los oficiales siquiera se acercaran a él. ¿Por qué? “Porque”, dijo, “pensé que cada árbol era Dios Todopoderoso”, (B. Carradine: “Jonás”). Jonás probablemente sintió emociones parecidas, cuando todos los ojos en la cubierta perforaron su desvergonzada máscara.

Interrogatorio

“Entonces le dijeron...” (v. 8-11). El profeta incriminado recibió una lluvia de preguntas. No meras curiosidades, porque las condiciones que amenazaban la vida prohibían tales tonterías. Cinco preguntas aparecen en el versículo 8. En primer lugar, los marineros preguntaron, “¿Por qué nos ha venido este mal?” ¿Era debido a sus acciones, o Jonás era el único culpable? A partir de ahí, se enfocaron exclusivamente en Jonás, inquirendo su capacidad, actividad, nacionalidad y lugar de nacimiento. Buscaban

cualquier pista que pudiera identificar la causa de su problema, porque hasta ese momento, Jonás había permanecido en silencio.

Las últimas dos preguntas en los versículos 10 y 11, están delimitadas entre el asombro y la desesperación. “¿Por qué has hecho esto?” Las acciones del profeta eran incongruentes, incluso para una tripulación pagana. Las almas ignorantes son rápidas para discernir las discrepancias en el andar de un creyente. La infidelidad de Jonás debilitó su testimonio. Cuando habló, sus palabras fueron pocas. “¿Qué haremos contigo para que el mar se nos aquiete?” Fue su pregunta final; ellos concluyeron su caso. Que el profeta pronuncie su propio castigo, no sea que ellos derramen “sangre inocente” (v. 14) y enfrenten mayor condenación. En respuesta, Jonás pudo haber citado al Rey Saúl “... Has hecho conmigo bien...” (1 Sam. 24:18). El hombre, cuyo corazón era duro hacia Nínive, fue reprendido por la gentil consideración de justo tales personas. Jonás habría visto la ironía de eso.

Determinación

“Y aquellos hombres trabajaron para hacer volver la nave a tierra...” (v. 13). La respuesta de Jonás a la última pregunta de los marineros no les cayó bien. Quizá la inconsistencia de su andar los dejó recelosos de sus palabras. Presionados para tirarlo sobre borda, ellos “trabajaron” [N. del T. “remaron duro”], o literalmente, “excavaron” (hatar) para llegar a tierra de nuevo. Esa palabra se utiliza para describir a los ladrones que “excavan” o “fuerzan” su camino a de las casas. Estos marineros trataron de “forzar” al barco a tierra, pero finalmente no pudieron porque Dios se interpuso en su camino. Como el doctor Gamaliel dijo a los hombres de Israel, “...Si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios” (Hech. 5:39). ¡Qué diferente fue el juicio de nuestro Salvador del de Jonás! Rodeado por una multitud sedienta de sangre en el tribunal de Pilatos, pudo decir, “Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Sal. 69:20). El decidido sentimiento de la multitud era “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (Jn. 19:15).

Él soportó, condenado, en el tribunal de Pilatos,
Escuchó a la muchedumbre clamar;
El Rey con nadie que defendiera Su causa,
No negaría mi propia causa.

AD Ackley

Pilato “había resuelto ponerle en libertad” (Hech. 3:13) pero la multitud no quería oír hablar de ello. “Aún el pagano Pilatos era mejor que los judíos”, escribe Lenski en

su Comentario en el Testamento (Hechos).

Resignación

“Y tomaron a Jonás, y lo echaron al mar...” (v. 15). Los marineros finalmente cedieron, admitiendo el veredicto de Jonás. Sus denodados esfuerzos habían ganado muy poco. Habían tratado de forzar el barco, pero las circunstancias ahora los forzaron a utilizar su última opción. Jonás debía ser lanzado sobre la borda a lo que ciertamente era una muerte segura. A nadie le gustaba la idea, pues, como ya ha mencionado, ellos temían derramar sangre inocente, porque eso sería homicidio. Pero Jonás era culpable, a diferencia de Alguien “más que Jonás” (Mat. 12:41) que permaneció ante Pilato (Mat. 27:24).

Una extraña especie de silencio debe haberse hecho en el barco, mientras uno tras otro, los temerosos marineros avanzaron para rodear a Jonás para el juicio. Juntos, tomaron a la víctima voluntaria, y con un fuerte impulso, lo lanzaron a las agitadas aguas de abajo. Al instante, el profeta se había ido. Sin embargo, antes de que cualquiera pudiera reflexionar sobre su situación apremiante, los vientos cesaron y las aguas se calmaron como si nunca antes hubiera habido una tormenta. “¡Qué espectáculo!”, escribe William Kelly, “¡Qué solemnidad debió haber embargado a estos pobres gentiles! De ahí, se nos dice, ellos ‘temieron a Jehová’... Si clamaron a Él en su peligro, le temieron aún más cuando el peligro terminó” (“Jonás”).

Veneración

“Y temieron aquellos hombres a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificio a Jehová, e hicieron votos” (v. 16). Su temor a Jehová produjo sacrificio y votos, o en esencia, adoración seguida de servicio. El sacrificio pudo haberse hecho en la costa, una vez que los artículos necesarios para la ofrenda estuvieran a mano. Sus votos o promesas a Dios, sustitutos de Su gracia a ellos, fueron compromisos a largo plazo y podemos sugerir como Douglas Stuart dice, “el temor [a Jehová] de los marineros no fue de corta duración”. Otros están de acuerdo. G.C. Willis dice, “Para estos hombres paganos el resultado fue un completo y total vuelco al verdadero Dios viviente” (“Lecciones de Jonás”). John Butler añade: “Fue el día de días en sus vidas. No escuchamos de ellos otra vez en las Escrituras, pero lo último que escuchamos de ellos – temieron a Dios, ofrecieron sacrificios, hicieron votos – ciertamente habla bien de ellos” (“Jonás: El Profeta Pueblerino”).

Cuando Jonás falló, Dios prevaleció. Así es siempre, cuando los hombres están en la obra. “Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura” (Jue.

14:14). El estallido que azotó el barco del rebelde era un portador de misericordia a todos a su paso. Mientras los marineros descubrieron al verdadero Dios, Jonás descubrió más de la verdad de Dios. Como José dio a sus hermanos, “Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (Gen. 50:20). §

(Continuará)

Que Dios nos enseñe nuestra necesidad y nuestro pecado y nos dé la gracia de humillarnos ante Él por este motivo.

Epafras

Thomas Hay

“Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros”. Colosenses 1:7.

Los nombres personales de los santos registrados en las páginas de las Escrituras brillan como estrellas en el cielo, y como las estrellas, difieren en gloria. Como en la naturaleza, “una estrella es diferente a otra en gloria”, lo mismo ocurre con los santos de la Biblia. La gloria moral contenida en la vida de Abraham, el “amigo de Dios”, difiere de la de Pablo, el “siervo [esclavo] de Jesucristo”. De nuevo, la gloria de Moisés o Josué difiere de la de Pedro o Juan. Dios ha tenido a bien darnos una riqueza de luz reflejada en los personajes de estos bien conocidos santos. Todos, en sus esferas asignadas, brillan, algunos más cerca, y otros más lejos de nosotros, de acuerdo con la revelación que el Espíritu de Dios nos ha dado con respecto a los eventos durante sus vidas.

Entre estos nombres ilustres, quizá no tan cercano como algunos otros, está el de Epafras, que brilla tan resplandeciente en su propia esfera. El Señor le ha dado un lugar de honor en la página de la Inspiración. Su nombre ocurre sólo tres veces en el Nuevo Testamento, dos en la epístola a los Colosenses y una vez en la carta a Filemón, pero esta triple mención de él es un aliento para todos los que están verdaderamente ejercitados de corazón.

La labor de este gentil hermano era doble: en primer lugar, la predicación del Evangelio y el ministerio de la Palabra entre los Colosenses (Col. 1:7); y segundo, la obra de intercesión en su nombre (Col. 4:12). En ambos aspectos de su obra, su corazón estaba profundamente involucrado en el bienestar de la iglesia en Colosas y en el testimonio ahí. El segundo aspecto de su ministerio debería tener especial interés para todos los que se preocupan por el bienestar del

amado pueblo de Dios. La imagen de Epafras dibujada por el Espíritu Santo es la de un guerrero en el combate. En el capítulo 4:12 se le ve agonizando en sus rodillas, no en la postura de la derrota, sino en triunfo sujetando estrechamente al enemigo. La batalla es por la herencia del Señor. Él ora para que los santos estuvieran firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Esto significaría, no simplemente lo que Dios quiere para ellos en su vida personal, sino el pleno conocimiento de Sus amplios propósitos de gracia. Epafras nos recuerda mucho de uno de los hombres valientes de David, “Sama”, cuyo nombre significa prestigio. Este hombre de fe defendió un pequeño terreno lleno de lentejas, una herencia dada por Dios, contra los filisteos, y por medio de su valor, el Señor ganó una gran victoria y trajo salvación a Israel (2 Sam. 23:11-12). Ciertamente, Epafras permaneció espiritualmente como en el lugar de Sama, y de igual manera, a través de él el Señor ganó una poderosa victoria. Sama peleó lo que el pueblo terrenal de Dios debía poseer y disfrutar la “herencia del Señor”, Epafras en su momento trabajó con un propósito parecido, que el pueblo celestial de Dios pudiera poseer el conocimiento de, y tener gran deleite en, las riquezas de Cristo.

Había un error pululando en Colosas, así que Epafras buscó al apóstol para informarle de su partida y para tomar consejo de él. A continuación, se dedicó a la oración para que ellos estuvieran firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere.

Ciertamente necesitamos tal ministerio entre las iglesias el día de hoy. Necesitamos santos que se aferren a la intercesión por el pueblo de Dios, el pueblo de Su posesión. ¡Feliz es la asamblea que tiene un Epafras en ella! Es difícil entender plenamente por qué Dios exhorta a la intercesión, pero claramente Él lo hace. Más aún, es evidente que ninguna asamblea hace progreso espiritual sin un ministerio como el de Epafras.

Aún hay otro punto en la historia de este hombre piadoso; su biografía contiene en sí misma una promesa para todos los que participen en un ministerio similar. Una vida de oración ferviente es un arduo servicio exigente (cap. 4:12), y tendrá que sacrificarse mucho tiempo que pudiera gastarse de otra forma en cosas legítimas. Sin embargo, de acuerdo con el principio Divino, “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mat. 6:6).

Dios, durante este periodo presente, ha recompensado abiertamente a este devoto y humilde hermano poniendo su nombre ante todos los santos a través

de muchos siglos. La intercesión es un ministerio conocido sólo por el Señor, es un ministerio oculto, pero, finalmente, en el Día de nuestro Señor Jesucristo, ganará Su completa aprobación y Su “bien hecho, siervo bueno y fiel”. §

Ejercicio del Don Espiritual

William Rogers

(extraído de “Notas de la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios”)

Ahora pasamos a la tercera forma en la que la irreverencia estaba siendo mostrada en las reuniones de los Corintios, que era el mal uso de los dones espirituales que poseían. Es en el capítulo 14 que las maldades reales existentes, que evidentemente habían sido reportadas al apóstol, son mencionadas y tratadas con ellas; pero como ya se ha indicado, el tema realmente comienza con el discurso general sobre los dones espirituales contenidos en el capítulo 12, y está contenido en la enseñanza sobre la importancia del amor en el capítulo 13.

La conexión entre los tres capítulos puede ser expresada así. En el capítulo 12, los dones son distribuidos en el poder del ESPÍRITU; en el cap. 13, su ministerio es estar en el amor de CRISTO; y en el cap. 14, su ejercicio es estar en la voluntad de DIOS. Este mismo orden triple, como ha sido señalado a menudo, se observa en 2 Tim. 1:6, 7, donde Timoteo es exhortado a usar su don en el espíritu de PODER (compare cap. 12) y de AMOR (compare cap. 13) y de DOMINIO PROPIO (compare cap. 14).

De hecho, un arreglo de alguna manera similar se sugiere aquí por el mismo Pablo, cuando introduce el tema en los primeros versículos del cap. 12. En los versículos 4-6 leemos, “Hay diversidad de dones, pero el ESPÍRITU es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el SEÑOR es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero DIOS, que hace todas las cosas en todos, es el mismo”. Y estas divisiones de su poder son usadas aún más apropiadamente para distinguir los grandes pasajes de dones de sus epístolas, más que nuestros tres capítulos aquí.

Como es bien sabido, los escritos de Pablo contienen tres porciones prominentes que tratan con los dones espirituales otorgados a la Iglesia, uno en Rom. 12, y uno en Ef. 4, así como este en 1 Cor. 12. Notamos entre ellos algunas sorprendentes similitudes, mientras que al mismo tiempo hay interesantes diferencias, causadas por los diferentes puntos de vista desde los que fue abordado el tema. En Rom. 12, los dones se consideran en relación con la gran salvación, descrita por completo en la primera parte

de la epístola; y se habla de ellos como dados por Dios el Padre (v. 3). En Ef. 4, por otro lado, son vistos como conduciendo a un futuro logro glorioso del propósito del Señor con respecto a nosotros; y dicen ser dados por el resucitado y exaltado Cristo (v. 7).

Pero nuestro pasaje en 1 Cor. 12, que, como se comentó en un capítulo anterior, es el más largo y completo de los tres, no comienza desde el punto de vista pasado - lo que Dios ha hecho por nosotros, ni del futuro - lo que Él aún va a hacer con nosotros. Se refiere a nuestro pasado en el v. 2, y a nuestro futuro al final del cap. 13; pero la introducción del tema es simplemente en relación con los abusos entonces presentes en Corinto; y de acuerdo con esto, los dones se describen como dados por el Espíritu (v. 3, 4, 7).

A la luz de estas diferencias no podemos, como ya se ha sugerido, decir que en 1 Cor. 12 tenemos “Diversidad de dones, pero el ESPÍRITU es el mismo”; en Ef. 4, “Diversidad de ministerios, pero el SEÑOR es el mismo”; y en Rom. 12, “Diversidad de operaciones, pero DIOS, que hace todas las cosas en todos, es el mismo”. Yo creo que el contexto en cada caso se encontrará para confirmar esta distinción.

En cuanto a los puntos de semejanza en los tres pasajes, los más notables son:-

1. Cada pasaje ilustra la enseñanza dada por la figura de un cuerpo. Ver Rom. 12:4, 5; Ef. 4:4, 12, 16; 1 Cor. 12:12-14. Y esto es lo que se podría esperar, porque de las tres grandes figuras de la Iglesia en el Nuevo Testamento, la del Cuerpo es la más adecuada para el propósito de ilustrar los dones. Ni la Novia ni el Edificio encajarían muy bien, aunque en el sentido local en el que éstos, así como el Cuerpo, se encuentran en las epístolas a los Corintios, están hasta cierto punto en relación con el ejercicio de los dones que existen.

Así, en el cap. 3, donde dice de la Asamblea, “Vosotros sois edificio de Dios”, tenemos varios hombres dotados trabajando en este edificio, algunos con buenos resultados y algunos con malos. E incluso en 2 Cor. 11:2, donde escribe de nuevo a la Asamblea, “Os he esposado... como una virgen pura a Cristo”, él está tratando con maestros que enseñaban cosas incorrectas. Aquí, sin embargo, donde en el v. 27 dice, “Vosotros sois (el) cuerpo de Cristo”, él es capaz de desarrollar la figura completamente a lo largo del capítulo.

2. Cada pasaje enfatiza la necesidad de la humildad de mente en el ejercicio de los dones. En Rom. 12:3 Pablo escribe, “Digo... a cada cual... que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener”. En Ef. 4:2 él

comienza con, “Con toda humildad y mansedumbre”. Y aquí en 1 Corintios tenemos un capítulo entero dado al amor, que no es jactancioso, y no se envanece.

3. Cada pasaje deja claro que a cada creyente le ha sido dado un don de algún tipo. En Rom. 12:3 leemos, “DIOS repartió a CADA UNO”; en Ef. 4:7, “A CADA UNO DE...el don de CRISTO”, y en 1 Cor. 12:7, “A CADA UNO le es dada la manifestación del ESPIRITU”. Es importante que esto se entienda y se crea, porque muchos excusan su apatía y pereza en relación con las cosas del Señor con el argumento de que no tienen ningún don.

La manera en la que Pablo presenta este tema en 1 Cor. 12 es en cierto modo, en vista de lo que se dice de estos santos en otros lugares de la epístola. En el cap. 1:7 escribe, “Nada os falta en ningún don”; y en el cap. 14:12, “Anheláis dones espirituales”; así que ellos no sólo poseían dones en abundancia, sino que estaban profundamente interesados en su ejercicio. Sin embargo, las primeras palabras del apóstol a ellos aquí sugieren que había entre ellos mucha ignorancia con respecto a este tema, y es con base en esto que él procede a explicarles.

Es claro, pues, que los santos pueden tener tanto dones como celo en abundancia, y aún así ser ignorantes de las mismas cosas que es más necesario conocer con respecto a su uso. Si se pregunta por qué el apóstol supone esta falta de conocimiento por parte de los Corintios, creo que la respuesta es, a causa de los abusos relacionados con el ministerio mencionado en el cap. 14. Cómo actuamos es la prueba definitiva de lo que conocemos; y el conocimiento que no produce acciones correctas, no es verdadero conocimiento en lo absoluto. A juzgar por este principio, los Corintios tenían bastante ignorancia; y a la luz de esto nosotros, el actual pueblo de Dios, tenemos poco que presumir, ya que en todos los asuntos espirituales decimos saber mucho más de lo que practicamos.

Tomemos, por ejemplo, este mismo asunto de los dones. Entre la mayoría de las llamadas iglesias cristianas la costumbre es seguir como si prácticamente todos los dones pudieran ser ejercidos por una sola persona a quien el resto del grupo le paga más o menos adecuadamente por hacerlo. Cuando se hace a un lado lo que es enseñado en estos pasajes, lo que por supuesto se ve como una prueba de una extrema ignorancia, y muchos de nosotros estamos agradecidos de que hemos sido librados de esto. Pero en nuestro retroceso de dicho absurdo, ¿no se han ido algunos hasta el extremo opuesto, y actúan como si creyeran que cualquier santo puede ejercitar cualquier don a voluntad, sea que lo posea o no? Cualquier persona tiene el derecho de tomar la reunión del evangelio. Cualquiera puede

levantarse y ministrar en una conferencia.

Ahora, si los pasajes con respecto a los dones tienen algo que decir, esta actitud es tan absurda como la primera indicada, y muestra que aquellos que actúan sobre esto tienen una grave necesidad de las palabras del apóstol, “No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales”. Pues en verdad esto ha sido el medio para arruinar más de una reunión de evangelio de una asamblea, y de estropear más de una conferencia.

Pero que no haya malentendidos con respecto a esto. Aparte de cualquier cuestión del don, todos los hijos de Dios son responsables de hacer todo lo que está en su poder para la difusión del evangelio, y para ayudar a sus compañeros creyentes. Esto, sin embargo, se puede hacer sin salirse del lugar para el que ha sido dotado, y sólo el mismo Señor sabe cuánto se ha logrado en estos dos aspectos por queridos santos cuyas voces nunca fueron escuchadas en una reunión pública.

Pero si usted ha sido dotado, aún en menor medida, para la predicación pública del evangelio, o para el ministerio público a los santos, su don puede hacer lugar para usted entre sus hermanos, y no tendrá necesidad de empujarse al frente con audacia. Su ayuda, tarde o temprano, será buscada y estimada. Por otra parte, su don, si es real y no un “falso don” (ver Prov. 25:14) crecerá con el ejercicio, y como Pablo dijo a Timoteo, su progreso será manifiesto a todos. Cuando esto no sea el caso, seguramente debe haber algo mal; y sin embargo hay los que, a través de muchos años de predicación pública, no han hecho ningún progreso. La misma docena de discursos se utilizan en turno, una y otra vez, con las mismas ilustraciones puestas en los mismos lugares, y usualmente también los mismos comentarios jocosos o pintorescos. Es posible que hayan levantado interés o despertado una sonrisa cuando se escuchan por primera vez; pero después de uno los ha llegado a conocer y los espera, qué obsoletos y secos se vuelven. §

Es imposible para Dios encontrar a Sus santos en el camino de la comunión, excepto en el camino de la obediencia. Cuando están fuera de ese camino, Él los encuentra con corrección, con el fin de traerlos a la comunión con Él.

R. C. Chapman